

ÉTICA, PERIODISMO Y PODER

Señoras y señores,

Amigos todos :

Mucho más que una fantasía literaria, *1984*, la célebre novela de George Orwell, se ha convertido ya en el retrato emblemático de una angustia que revela, quizá mejor que ninguna otra, el carácter de nuestro siglo como tiempo signado por el poder de la información. Resulta significativo que, en la utopía orweliana, el Estado totalitario halle su poder coercitivo no en las armas, sino más bien en la degradación de la palabra y, en consecuencia, haga residir su alma en la imposibilidad de los ciudadanos de contar con un acceso a la realidad de las cosas a través de auténticas experiencias personales. Recordemos esa oscura oficina encargada de administrar la información, el Ministerio de la Verdad, que no se conforma con dirigir un sistema de censura y, más sutilmente, se afana en hilvanar una dialéctica perversa que destruye todo sentido convirtiendo en afirmación indiscutida que la ignorancia es fuerza y la guerra es paz.

Sabemos que Orwell ejerció el periodismo y por tanto fue en cierto modo un cronista de su época. Testigo de un tiempo convulsionado por grandes guerras

y revoluciones que pretendieron cambiar radicalmente al hombre y al mundo, intuyó lo que habría de ser el nuevo giro del poder totalitario contemporáneo, ese mismo que Hannah Arendt describiera de modo más preciso como aquella situación caracterizada por la “ausencia de significado, gracias a la combinación del terror con el adiestramiento del pensamiento ideológico”¹. Tenebrosa mixtura que parece hoy haber desbordado los límites de una imaginación poderosa o una inteligente afirmación filosófica, para ofrecerse a veces como dura realidad.

Dentro de este contexto surgen entonces con carácter de necesidad la reflexión y la crítica acerca de los vínculos existentes entre el poder y la información y ello en buena cuenta como respuesta a una época tecnológica que otorga a los medios masivos primordial preponderancia en la consolidación de la conciencia social. No nos debe causar extrañeza entonces que preguntemos si aquella amenazadora pérdida del sentido que advertía Arendt sea tan sólo una condición presente en el radicalismo de los regímenes totalitarios. Si fuera el caso, sería sencillo establecer una frontera que separe dos escenarios: de un lado, el contexto de los estados autoritarios, de otro, el de las sociedades democráticas. Ello supondría que la libertad habría de convertirse en garantía suficiente para que la prensa, trascendiendo su quehacer informativo, llegue a desplegarse como un medio franco de comunicación e interacción. Sin embargo, lo cierto es que la realidad ofrece

¹ Arendt, Hannah. De la historia a la acción. Barcelona, Paidós. p. 39.

muchos otros matices y nos muestra un hecho incontrovertible: en tanto que desarrolla su actuar desde la libertad, el periodista, precisamente en ejercicio de su libre arbitrio, se halla ante la posibilidad de que, movido por intereses externos -sean éstos de índole política, económica o de otra naturaleza- traicionando su misión y su vocación, oriente sus decisiones hacia una insana labor de manipulación mediante una retórica de la evasión y el ocultamiento. Nos encontramos así, una vez más, ante la vieja imagen fáustica: la seducción del poder, que, aunque en su íntima naturaleza rechaza ser dominado, acepta sin embargo y para aquel que lo goza limitadamente, someterse a quien tiene más poder para así afirmarse en su propio dominio.

Este riesgo, del cual nuestro país quizá podría ofrecer algunos ejemplos, no es en absoluto infrecuente. Sin olvidar en modo alguno el enfrentamiento que valerosamente ha de experimentar en ocasiones el auténtico periodista ante los embates de quienes en uso del poder, cuando no pueden obtener su complicidad, pretenden de manera burda silenciarlo, dirijamos más bien nuestra atención hacia aquella otra situación en la que conciencias que se han traicionado se escudan en discursos falaces que desarraigan y desvinculan al hombre del mundo de los principios, usando para eso una retórica que arropa la propaganda ideológica bajo el disfraz informativo. De este modo ellas alínean de manera acrítica la tarea periodística en el rango de simple medio para obtener prebendas y entronizar falsos valores; ello cuando no recurren al más fácil expediente del silenciamiento malicioso para así

defender con la mudez a grupos de poder que esconden su naturaleza utilizando como etiqueta el nombre de nobles causas.

En tal situación tal vez deberíamos recuperar lo que propone el filósofo Hans Jonas: una ética de la responsabilidad que, orientada al futuro, considere de una parte las consecuencias muchas veces no previstas de los actos humanos y, de otro lado, pondere con gravedad y consecuencia esa inocultable realidad que nos muestra cómo la responsabilidad ética se halla entrañablemente unida al poder que posee el agente moral. De hacerlo podríamos quizás comprender más plenamente la fina y riesgosa tarea del comunicador, pues queda claro que en la sociedad de la información él es ciertamente un hombre que a través de su labor contribuye a delinear de modo significativo el futuro y se ubica en un lugar privilegiado de dominio, en tanto constructor de mensajes que nos invitan a formular una lectura de la realidad desde la cual sea posible enjuiciar con criterio e inteligencia el fenómeno humano.

Vivimos tiempos singulares: la proliferación de la tecnología informática, que multiplica el universo de emisores y mensajes, al punto de parecer haber hecho realidad la fantasía borgiana de una biblioteca infinita, sin duda favorece la consolidación de una cultura de la tolerancia y la libertad, valores preciados para quienes tienen la mente abierta al conocimiento. ¿Pero cómo podrían adquirir estos dos valores pleno sentido sin una rigurosa actitud crítica en la cual ellos se vinculen armónicamente dentro de una dimensión que cumpla a la

vez con la realización personal y el bienestar social, y se haga posible que coexistan la independencia de las conciencias y la aceptación de estructuras legítimas de autoridad? El periodista responsable se enfrenta a diario a estas cuestiones y justamente en respuesta a esta inquietud permanente es que nos reunimos en torno a un tema como *Periodismo, ética y poder*. Lo hacemos porque estamos convencidos de que es posible y necesario valorar en su justa medida el aporte del periodismo y cooperar para que éste constituya finalmente un verdadero espacio público, una zona de diálogo franco y honesto que sea fuente de riqueza en nuestras vidas.

La Pontificia Universidad Católica del Perú, porque asume plenamente su misión universitaria, se siente privilegiada de participar en este seminario y por ello desea saludar a ~~los coorganizadores de este encuentro~~^{los}: el Consejo de la Prensa Peruana, la Fundación Konrad Adenauer, el Sistema de Información de los Estados Unidos y la UNESCO. Esta bienvenida se extiende a los asistentes, quienes mediante su presencia confiesan su interés en reflexionar en torno al más pleno ejercicio de la profesión del comunicador. Nuestro especial agradecimiento a los distinguidos conferencistas y panelistas que han aceptado compartir sus ideas y su inteligencia para guiar y enriquecer estos debates. Ellos nos otorgan serena confianza en el éxito de este Seminario en el que finalmente y como fruto de una intensa reflexión, se esbozarán estamos seguros prometedoras líneas de renovada acción para un quehacer que se ha convertido en signo insustituible de nuestro tiempo.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 5 de Mayo de 1999